

ARELLANO AYUSO, Ignacio, *Dando luces a las sombras. Estudios sobre los autos sacramentales de Calderón*, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2015. 257 pp.

El título de este volumen procede del auto *El año santo de Roma*, en el que el Amor le explica al Hombre cómo «dando luces» se puede entender el sentido de las «sombras», es decir, las figuras o símbolos de la realidad mística. El objetivo del libro consiste, como explica su autor en la «Nota preliminar» (pp. 7-9), precisamente en «iluminar algunas de esas imágenes calderonianas, examinando ciertos mecanismos expresivos de los autos de Calderón» (p. 8). Este análisis atiende sobre todo a la función del ingenio conceptista en la coherencia de los dos planos que componen estas obras dramáticas, el historial y el alegórico. Ignacio Arellano es director del equipo GRISO —a punto de culminar la edición de la totalidad de los autos calderonianos— y su autoridad sobre el tema queda fuera de toda duda.

En la «Nota preliminar» también se da cuenta de que algunos capítulos del libro constituyen versiones revisadas y, a veces, ampliadas de trabajos anteriores, de los cuales se proporcionan las referencias bibliográficas. Sigue una lista de las «Abreviaturas de los títulos de autos de Calderón» (pp. 11-13) empleadas en las páginas siguientes. El primer estudio es una introducción escrita en inglés con el fin de atraer la atención de los estudiosos del teatro no español: «The Golden Age Sacramental Play: An Introduction to the Genre» (pp. 15-36). Se trata de una presentación precisa y completa que aborda aspectos fundamentales de los autos: su definición, la diferencia entre asunto y argumento, la alegoría, los carros, los actores, el vestuario y la música, así como una breve historia del género.

El siguiente apartado, «Una poética de la agudeza: ingenio y drama» (pp. 37-88) se divide en tres capítulos. El primero, «La poética del ingenio en *El día mayor de los días*, y la coherencia dramática» (pp. 39-53) estudia cómo se aplican en este auto los modelos conceptistas en la construcción de la alegoría. Arellano revela la función de dos conceptos, el grano que da fruto si muere en tierra y el llamado día mayor de los días, y subraya que todos los elementos alcanzan «una estructura admirable que desarrolla una compleja red de correspondencias según las técnicas conceptistas más rigurosas» (p. 53). El segundo capítulo se titula «El ingenio, la justicia y la discreción en *No hay más fortuna que Dios*» (pp. 55-76). En este auto, el Demonio pretende fingir en su imaginación que la diosa Fortuna engaña a los hombres haciéndoles creer que ella les reparte sus atributos, cuando en realidad es la Justicia. Arellano argumenta cómo el fracaso del Demonio se debe a que no puede manipular su propia alegoría, pues entonces introduciría incoherencias prohibidas por el arte del ingenio. El último capítulo de este apartado, «Claves historiales y el arte de las correspondencias (historia y alegoría): *El socorro general* y la guerra de Cataluña» (pp. 77-107) descubre el sentido alegórico del argumento, que remite a la realidad histórica: Arellano detecta detalles sutiles pero convincentes de que la guerra de la Sinagoga y la Gentilidad contra el monarca católico se refiere a la guerra de Cataluña, suceso de actualidad cuando Calderón escribe esta pieza dramática. Concluye el estudioso que, a pesar de la opinión de ciertos críticos, no se puede ignorar la dimensión historial de algunos autos.

El siguiente bloque, «Doctrina y espectáculo. Escenografía mimética y escenografía mística en los autos de Calderón» (pp. 89-107), aborda las peculiaridades de la puesta en escena de este género. La característica principal es su doble vertiente: la mimética, que se corresponde con el plano historial, y la alegórica o mística, relacionada con el plano alegórico. Señala el autor del volumen que, en los autos, todos los elementos escénicos significativos apuntan a un universo espiritual, es decir, la escenografía mimética ha de ser interpretada alegóricamente. Con el objetivo de transmutar lo historial en lo místico, Calderón se sirve de técnicas ingeniosas conceptistas, sobre todo del juego con las etimologías. Arellano destaca algunos de los espacios propios del género, como la nube o el globo celeste, y aclara su simbología. Los usos de la escenografía y otros signos demuestran que este es «seguramente el género con más posibilidades de exploración artística» (p. 107).

El último apartado, «Apuntes sobre la organización dramática calderoniana. Motivos, fuentes y tradiciones en sus coordenadas teatrales» (pp. 109-233), consta de tres capítulos. El primero de ellos, «Los cuatro elementos en *La vida es sueño*» (pp. 111-130), se inicia con una presentación breve de este conjunto simbólico. Arellano comenta su importancia en los autos calderonianos y se centra después en su función en la segunda versión de *La vida es sueño*. Los cuatro elementos no tienen un valor meramente estético, sino que se integran en el proceso de creación, caída y redención del hombre. El segundo capítulo de este bloque se titula «La alegoría del viaje en los autos de Calderón» (pp. 131-184). Arellano advierte que en algunos autos se encuentran viajes relacionados con la mitología y analiza las correspondencias entre el plano historial y el alegórico: por ejemplo, en *El divino Orfeo*, el protagonista representa a Cristo y viaja como Él a los infiernos; en *Los encantos de la culpa*, el retorno de Ulises a Ítaca es paralelo a la historia de la humanidad. El autor considera luego aquellos autos en los que un personaje realiza un viaje para cumplir una misión, que puede consistir en la cobranza del tributo universal derivado del pecado original, la liberación de oprimidos y el socorro de sitiados, la entrega de la Esposa —es decir, de la Iglesia—, la exploración del Mundo o la predicación de la palabra. También se señalan aquellos autos en los que el trayecto es una peregrinación o un destierro, como el del Pecado en *El pleito matrimonial* o el de Adán y Eva en *La iglesia sitiada*.

El último trabajo recopilado en este volumen es «La cultura emblemática en los autos de Calderón y su inserción dramática» (pp. 185-233). Arellano estudia los emblemas desde tres enfoques: su organización en constelaciones, la adaptación al contexto a partir de la lectura orientada por la Biblia y la patrística, y la elaboración ingeniosa según las formas de la agudeza. Se comentan los emblemas más frecuentes de cada sistema, ilustrados en ocasiones con grabados: al de la flora pertenecen aquellos que representan la caducidad y la vanidad, pero también otros con simbolismos negativos como la cicuta, o imágenes cristológicas como el trigo. Del sistema de la fauna son explicados los usos más sorprendentes, como la aplicación del áspid a San Agustín en *El sacro Pernaso*. También se ciñe Arellano a los empleos más ingeniosos de los emblemas relacionados con la mitología, como la identificación de Mercurio con el ángel del Paraíso en *Andrómeda y Perseo*. El vestuario y los atributos pueden desempeñar también funciones simbólicas, de las que se presentan algunos ejemplos. Otro tipo de emblemas son aquellos vinculados a Cristo,

la Eucaristía y la Virgen, como el sol, el cordero y el pelícano, y los que se refieren a bestias y venenos, como la sierpe o el basilisco. El último conjunto de imágenes simbólicas expresan la lucha interior del hombre: el camino con dos sendas o la calavera reflejada en el espejo. Este capítulo pone de relieve «la complejidad de ingredientes que entran en la fórmula autosacramental calderoniana, que integra diversos elementos de la tradición en una síntesis cultural inigualada» (p. 233).

Antes del apartado final de «Bibliografía y abreviaturas» (pp. 239-257), se sitúa el «Epílogo» (pp. 235-237), una atrayente invitación a estudiar y representar los autos calderonianos, pues tratan temas universales como la salvación, la libertad o el destino del hombre. Son, además, «territorio múltiple y abierto en el que todas las artes confluyen» (p. 235) y «una admirable síntesis de mundos culturales, sociales, ideológicos y artísticos» (p. 236). A despertar el interés por estas obras teatrales contribuyen los estudios de este libro, que ofrece valiosas claves de lectura, descubre el sentido de símbolos y emblemas, y analiza las técnicas de agudeza con las que se logra la correspondencia entre el plano histórico y el alegórico. *Dando luces a las sombras* está dirigido no solo a los especialistas en la escena del Siglo de Oro español, sino que también pretende atraer a los estudiosos de otro tipo de teatro, a lo que se destina en gran medida el capítulo introductorio en inglés. Con un estilo claro y riguroso y una erudición expuesta con pertinencia, este volumen consigue de forma encomiable su propósito de iluminar aspectos fundamentales de los autos calderonianos.

Isabel Hernando Morata
Universidad de Santiago de Compostela